

La Estimativa Cristiana de los Bienes

Por Abel NARANJO VILLEGAS

Desde cualquiera de los ángulos desde donde se estudie el problema de la distribución de los bienes, es uno de los más difíciles porque frente al hecho concreto de su situación actual cualquier posición ideológica que se tome con el ánimo de modificarla es revolucionaria. Sobre ésto no conviene engañarse y si tácitamente todos estamos de acuerdo en que el régimen actual de producción y su sistema de distribución individualista es injusto, la manera de corregir esa injusticia entraña a veces unas mayores y siempre, en todo caso, una disparidad de criterios, de egoismos reconcentrados, de impulsos irresponsables y de prudencias acomodaticias que hacen la solución retardada y hasta imposible. Esto desde el punto de vista político, económico, técnico y religioso. Pero mucho más desde el último punto confesional porque el primer prejuicio con el que es preciso luchar es contra aquel que desconoce a la religión capacidad o jurisdicción en ese mundo complejo en donde se debaten los valores económicos.

Cuántos son los católicos que responden al reclamo social de la Iglesia con el mismo reproche de quienes estructuraron una economía hedonista, sin vínculos con la moral, una ciencia destinada a formular únicamente los principios sobre la distribución técnica de la riqueza. Muchos reconocen la tutoría moral sobre los hombres pero justifican la ausencia de jurisdicción en ese mundo que los economistas del siglo XVIII supusieron ajeno al ámbito moral. Y cuántas veces más se responde a su reclamo por un orden social justo con la misma palabra de Jesucristo de que: "Mi reino no es de este mundo" usufructuando así la riqueza espiritual de la Iglesia y al mismo tiempo la abundancia de los bienes materiales de la tierra.

Como si precisamente aquella frase no señalara la posición que, como cristianos, debemos tener frente a los bienes materiales porque ella alude a una ordenación de preferencias, indicando nuestra vocación hacia las cosas del espíritu.

La genealogía moral de la economía está suficientemente aclarada en la teología católica y popularizada en la justificación con que el Papa León XIII introdujo sus puntos de vista en la Encíclica gloriosa. El proceso de nuestras preferencias económicas tiene una honda raíz psicológica que influye decisivamente en el criterio de utilidad con que elegimos los bienes. Esa elección está, pues, subordinada a la libertad cuya raíz se hunde pertinazmente en la moral. Desentrañarla de allí es secar su maduro fruto y agotar nuestro itinerario temporal, porque la moral es el clima esencial, el territorio vital que llena de zumos y prolonga las direcciones que debe recorrer el hombre con su libertad.

Tratar, pues, de encontrar en la palabra de Dios un mandamiento positivo sobre cómo debe ser la organización técnica de los bienes materiales es tan peregrino como si buscáramos en el Evangelio la medida que debe tener nuestro vestido. Su palabra fue el soplo del espíritu y sólo buscando ceñirnos a su dirección logramos conquistar una técnica que nos ayude a encuadrar el mundo en la forma adecuada a ese espíritu. Si no hay, pues, un mandato que nos imponga la renuncia de los bienes materiales, sí lo hay, en cambio, sobre la actitud del alma con ellos, colocándolos como medios y no como fines, afanados totalmente en la conquista de bienes más altos e imperecederos. De ahí que el problema consista en esclarecer esa actitud que no puede fragmentarse porque hay que entenderla con la totalidad de nuestra naturaleza comprometida en un sistema de preferencias cuya línea central reposa en el seno mismo de la divinidad. Sólo así comunicamos a todos los bienes, materiales e inmateriales, el valor que deben tener, colocados en jerarquía, sin que ninguno suscite el deseo de eliminación, pero también sin que ninguno promueva nuestra exclusiva dedicación. El cristiano auténtico conoce su composición de greda y soplo y si en último término hace prevalecer el aliento del espíritu no es para abandonar el barro cuya transformación le viene por el impulso del alma, tendida siempre hacia arriba, como la llama. No es, pues, lícito que el hombre desprecie valores de condición tan noble como los de la belleza, la justicia, el conocimiento o la vitalidad. Si el centro al que todos los valores deben apuntar es al sagrado, aquella zona en donde fulge lo divino con su vago temblor de misterio, no es sino contrariando la naturaleza como se eliminan los otros que son también calidades impuestas a las cosas por el mismo creador. Y sólo ordenándolos en aquella jerarquía piramidal, cuyo vértice señala el resplandor que hace del hombre aquel ser cuya esfera gira sobre la historia sagrada y no sobre el oscuro limo de la historia natural.

“Todo sarmiento que en mí **que soy la vid** no lleva fruto, lo cortará (Mi Padre que es el Labrador); y a todo aquel que diere

fruto, lo podará para que dé más fruto". (Ev. de S. Juan, Cap. XV). Esta cita de S. Juan define nuestra posición en la calidad augusta de cristianos y resume nuestra relación con el espíritu de Cristo. El hecho de pertenecer a su Evangelio nos siembra en ese tronco y nos trasmite la solemne vida de ingerto, para que prolifere en nosotros su palabra. En su vocabulario de semilla está fijada nuestra misión y de su sabia copiosa extraemos todo el miraje que nos hace vivir en vilo sobre el relieve monumental del horizonte. Todos los seres que caen sobre la zona de nuestra apetencia deben estar asistidos por su dirección hacia el Padre que está en los cielos, y nuestro fruto ha de parecerse en su tarea de fecundidad incesante. A eso se refiere más adelante cuando el apóstol habla de la rama seca que ha de echarse al fuego porque la alcanza la caliginosa atmósfera que sube de la tierra.

Cómo puede negarse, entonces, que hay implícita una tendencia a transformar el universo en una maravilla transeúnte con su agreste y florida misión de posada? Es esta, en efecto, la actitud ante el mundo de los más selectos espíritus de la humanidad. Todos aquellos que lo han visto "como un bosque de símbolos" están, aún sin quererlo, viviendo el mundo como quiso Cristo que lo viviéramos. Toda la actitud psicológica que prescribe su espíritu está suspendida de la visión celeste y es ella la que nos da la referencia objetiva de su belleza para el aprecio o menosprecio. De ahí que se salte el marco de las clasificaciones técnicas que debemos hacer para mirar como bienes no solamente los que entran en el concepto patrimonial económico sino los que viven por fuera de ese concepto como la justicia, la verdad, la belleza y la vida. Entendiendo su jerarquización enfilada sobre la estrella de la vida inmortal, asumimos el oficio de flecha sobre el arco de las aspiraciones cristianas. Sólo así se concreta el esfuerzo para adecuar el mundo hasta que pueda objetivarse en él ese ordenamiento de todo lo que llamamos bienes.

Descendiendo desde esta estimativa hasta el mundo de la acción, el hombre se encuentra, pues, obsesionado por un destino y en la asechanza frontal que debe mantener por conquistar la vida superior, resulta comprometido en toda la dimensión de su naturaleza y por lo tanto obligado a manejar valores de muy varia índole. Desde aquellos que están enproados hacia el inmortal refugio, hasta los que satisfacen el *hic et hunc*. Tiene, pues, que preocuparse también de estos últimos, agotándose muchas veces su energía en la solución del primero. Tal es la ley biológica que le impele continuamente a la subsistencia cuando aún la conciencia no percibe el divino mensaje. La vitalidad es algo que necesita absorberse el universo ambiente en alimentos y estímulos de toda índole que favorecen el desarrollo del cuerpo y fortalecen también el alma que va madurando para conocer la excelcitud de su destino. Ese primer estadio vital del hombre sobre la tierra es una carga que debe sobre llevar con la dignidad de su naturaleza porque sobre él van a flo-

recer los otros valores en sucesión, por manera que cada uno de ellos es como la preparación para el subsiguiente, hasta llegar a aquel Ser que los resume todos en su infinita y eterna presencia. Pero estos valores ya no son calidades solamente sino que se presentan concretamente como cosas, susceptibles por tanto, de agotar en su concreta y viviente función y manejo toda la carga emotiva que traemos al mundo. El cristiano no puede, empero, resumirse en la sola realización de estos objetos promoviendo la ruptura con las altas esferas de su jerarquía espiritual y si la vocación fundamental, con su secuela de aptitudes, recae sobre esas cosas subalternas debe ejercerla allí compenetrada siempre con la presencia de Aquel por quien se redimió y por quien adquirió la doble condición de ciudadano del mundo temporal y de un mundo eterno en donde ha de gozar la plenitud ardiente de su alma.

No abocamos aquí en detalle la clásica división Aquiniana sobre bienes necesarios y superfluos con referencia a un esquema económico determinado, sino con toda la trascendencia elemental para un hombre rodeado con la plenitud de su naturaleza. Siendo el valor vital algo que debe cumplirse fatalmente, con obligación moral, y con necesidad biológica, no sometido a la libre elección como la estética, o el conocimiento, entran en juego ya no sólo la persona como individuo de una especie sino la sociedad responsable de la realización de la justicia distributiva. Desde el punto de vista cristiano no es posible pensar que aquella justicia se va a cumplir por la sola voluntad del individuo y reducir el problema a esa órbita es desconocer la naturaleza social del hombre. En esa órbita se manifiesta la caridad como virtud pero en la de la sociedad debe cumplirse la justicia que alcanza una esfera mucho más vasta y coercible que es el derecho. Querámoslo o no el Estado debe hacerse presente en aquella distribución que garantiza al hombre el desarrollo total de su personalidad. Si en la esfera individual cada hombre estuviera superando las cosas inmediatas, seguramente estaría cumpliendo su salvación personal pero no promoviendo la alta misión de estimular la justicia distributiva que en ciertas ocasiones como ahora, entra ya en el plan de un genuino cristiano, sobre todo al que penetre el misterio de la comunión de los santos según la cual nuestra salvación tampoco resulta una tarea individual sino una empresa colectiva, en la que ya no sólo entran los que participan de la misma confesión sino también aquellos que están por fuera de ella.

Uno de los argumentos más profundos que aduce la Iglesia para recabar del Estado la implantación de esa justicia es la de que en un mundo organizado sobre tales bases se cumple más fácilmente la tarea de salvación espiritual. Comprende ella que con una justa distribución de los bienes materiales el espíritu está más predisposto a captar la verdad de otras esferas, a abrir los ojos a la divinidad. Por eso y ya con todo lo anterior podemos darnos cuenta de que la faena de transformar un régimen injusto no es individual sino colectiva y que si esa justicia no puede cumplirse dentro de un

esquema dado, es urgente afanarse en la construcción de otro sistema en donde la justicia de la distribución pueda cumplirse para todos los hombres. Ese es el caso concreto de la sociedad actual: el del predominio de los valores económicos impuestos por una economía sin fundamento moral. Toda la estimativa del hombre contemporáneo, consciente o inconscientemente, con beneplácito y casi siempre con rebeldía, está aventada sobre esa perspectiva en que se muestran los más nobles espíritus. Esta situación le ha planteado a los cristianos la solución por fuera de la caridad y en el plano de la justicia y de ahí el que la Iglesia atribuya al Estado la solución del conflicto, porque entre un mundo en lucha de clases es el único que tiene los suficientes medios de coacción física para colocarse en medio de los contendores y de imponer un sistema económico en donde no pueda perpetrarse por más tiempo la injusticia de la mala distribución de los bienes.

Es que la libertad del espíritu está así contrariada e interferida perennemente por la necesidad económica y esta libertad es la más augusta conquista realizada para el hombre por el cristianismo. En la línea de esa libertad se mueve toda la acción cristiana y es hacia su total esclarecimiento hacia donde siempre ha tendido la acción de una Iglesia militante. Por eso su posición frente a los regímenes económicos está asistida por esa mira de salvaguardar la dignidad de la persona entendida como criatura de Dios y por lo tanto con una vocación espiritual que debe desenvolverse en un medio propicio. Cómo esperar que esa vocación se cumpla en un hombre aplastado por la estructura económica que le invita continuamente a la desesperación? Si el cristianismo rechaza el régimen de esclavitud impuesto por el marxismo no es porque él destruya el mundo de la economía capitalista sino porque aplasta la libertad del hombre también, sometiéndola a la ciega estructura de su organización, subsumiéndolo dentro de formas políticas que niegan esa libertad. Sólo en una organización en la que pueda fulgir con todo su brillo la libertad del hombre, como facultad de autodeterminarse, se encuentra satisfecho el ideal del cristianismo porque allí crecen y se superan todas esas aptitudes y vocaciones inherentes al hombre sin que se lo absorba tan porfiadamente la realización de un solo fragmento de la personalidad.

La valoración cristiana desde el punto de vista social está, pues, de cara al cumplimiento de aquella suprema realidad del espíritu y ha sido su tradición, campalmente defendida en todas las épocas de la historia humana desde que él ha intervenido en ella como sujeto activo o pasivo de esa historia. Y, por eso, una sociedad que ha erigido el valor económico como el espejo de todos los demás se aleja radicalmente de ese ideal predicado por el cristianismo porque el peligro de aquellas falsificaciones es el de que venga a servir de medida de todos los demás. Al situarse en lucha agonal contra un mundo así estructurado, la Iglesia Católica sigue fiel a la línea de su tradición porque cada vez que la sociedad ha erigido

como supremo valor uno que no sea el auténtico del hombre; uno que llegue a forjar el espejismo de realizarlos todos; uno que llegue a controlar las cosas de la naturaleza para imponer su supremacía sobre todos los demás, ella rechaza enérgicamente ese orden y convoca la restauración central de lo que es el hombre en la plenitud augusta y grandiosa de su destino. Por eso cuando nació se puso de frente contra el ideal apolíneo del paganismo en cuanto solamente el valor estético tenía el derecho de modelar las almas y los cuerpos y a esa deidad de las formas se sacrificaba el espíritu. Cuando apareció el ideal heroico, restaurado de su añosa tumba, la Iglesia movilizó su tradición ya formada para que el hombre violento no pudiera prevalecer sobre las naturalezas débiles, apartando a los hombres de un camino en donde los débiles no podían soportar la dura presión ascensional de los fuertes. Y cuando el industrialismo moderno hace del rico el centro de todas las estimativas sociales, la Iglesia propugna un régimen en donde no puedan prosperar los contrastes de miseria y opulencia restaurando, una vez más, el sentido plenario del hombre cuyo oficio no es enriquecerse sino vivir con tiempo apenas para embellecer la vida y emproarla hacia su centro inmortal. Es que el marco que Jesucristo puso a su doctrina fue el amor, pero un amor que está adherido a la libertad, que parte desde el Verbo inicial y vuelve a El ardida por su violenta y solemne travesía. El ha dicho que ese amor debemos ponerlo en las cosas de su Padre y por eso no debemos confundirlo ni mixtificarlo, porque como afirmaba Ernesto Hello: "Todo adorador experimenta la necesidad de condensar en un solo amor todos los amores. El dinero presta al avaro el odioso servicio de ofrecerle un compendio de todas las cosas".

Obediente al flujo perenne de la realidad, ella propone ahora formas de estructuración económica que hagan propicio el advenimiento de una justicia social sobre la tierra. La producción en masa es un hecho social nuevo que la Iglesia canaliza promoviendo en la legislación civil una serie de preceptos inteligibles que comprendan ya aquellas nuevas formas y las regulen en función de tutela del hombre como la esencial realidad sobre la que descansa el espíritu.

Esa posición eminentemente histórica de su espíritu ha tenido siempre qué luchar en agonía contra las formas victoriosas que la eluden. Pero fue en otras épocas más propicias la lucha porque la Iglesia controlaba por lo menos algunas palancas de mando. Cuando se opuso al creciente poderío del feudalismo con su noble ideal caballeresco y su secuela de heroismos y formas de la galantería, podía movilizar en torno suyo aún los mismos poderes temporales. Al menos había una forma totalizadora dentro de la cual era posible suprimir las que repugnaban totalmente a su ideal.

Hoy, en cambio, prevalecen tan variadas formas de la estimativa social, descontroladas de su poder, sumisas todas al poderío económico que es en el fondo el que da la medida de todas las es-

timaciones y valoraciones sociales, que enlazar una forma capaz de envolverlas a todas y reducirlas a su justo valor ya no es empresa individual sino de la cristiandad toda y aún de aquellos grupos vecinos que tengan algún lindero con su urgencia y que puedan servir eficazmente en la estructuración de una justicia social.

Resulta peligroso, particularmente ahora, el vaticinio sobre lo que ha de prevalecer en el orden nuevo del mundo después de la contienda, pero es evidente que el cristianismo solicitará en la dirección de las nuevas tendencias un puesto de avanzada en aquello que es el clamor universal de los hombres, encaminados todos hacia la realización de un orden económico que supere las actuales formas individualistas. El sentido de la planificación que se anuncia por todas partes quizás no estará invadido de su espíritu pero hará más propicia la claridad de la doctrina cristiana en esa dirección. El que esa planificación pueda convertirse en más acentuadas formas desespiritualizadas no podemos todavía presumirlo. Pero bastantes concretas han sido las consignas pontificias con respecto a la sustitución del salariado por el accionariado que consulta mejor el sentido social de la apropiación de los bienes y en tan abierta dirección podrá lograrse que los sistemas de planificación incorporen los puntos de vista pontificales, fortaleciendo así la fe de todos los que han padecido la injusticia de ser víctimas del régimen capitalista sin renegar de su fe sino manteniéndola amortajada debajo de su congoja, vestida con la túnica de su diario sacrificio.

Y la situación concreta del cristiano en el mundo de la acción está interferida por una serie de circunstancias adversas entre las cuales la política es una de las más difíciles y peligrosas. Tendencialmente su espíritu debe estar alerta sobre un orden nuevo que no viene por el camino religioso sino por el de la política de paz o de guerra. Dentro de aquel plano político tiene también una acción por cuanto es ciudadano de una patria y solidario con el destino de sus connacionales. Pero con ser éste problema tan grave es menos aún que el que le comporta el servicio cotidiano dentro de un orden en que frecuentemente choca aquella pista con la de los mismos cristianos retenidos en una estimativa individualista. Porque cualquier empeño que se ponga para modificar esa valoración de quienes se llaman cristianos, se convierte en una predicación de resignación para los humildes y prosigue la insaciable codicia de quienes no tienen otra finalidad en su vida que la acumulación de riquezas. Esto quiere demostrar más claramente que esa estimativa no puede centrarse sino en un orden nuevo dentro del cual adquiera la justa forma el empeño económico de los de arriba y los de abajo.

El problema de la distribución de los bienes no puede desvincularse, pues, de una estimativa y no es lo que pudiera pensarse ingenuamente un reparto igual de bienes sino una garantía de igualdad en las oportunidades, partiendo desde el nacimiento y garantizando el cupo en la sociedad para un oficio. Esa la explicación de que se proponga como punto de partida la organización de un Esta-

do Corporativo que compendia y resume la urgencia económica del hombre y a la vez traslada el campo de la estimativa de su nivel estrictamente económico suplantándolo por uno más alto desde el cual cada uno pueda tener lo que merecen su aptitud, su trabajo, su rango intelectual y su necesidad de sobrellevar con decoro los otros mundos que le vinieron en su espíritu.

Así vuelve Cristo a ser hoy "la bandera de todas las contradicciones". Lo invocan unos para justificar su rebeldía; tremola su nombre en labios satisfechos de un mundo que resume toda su ambición, aún con la frustración de los más nobles espíritus que están casi siempre por debajo de esa economía en la que no siempre prevalecen los mejores sino los peores; fulgura ígneamente en la boca de quienes ambicionan lo mismo que sus actuales amos. Situado en el centro de los combatientes está alanceando por todos los flancos y muchas veces cuando se quiere defenderlo se le dan saetazos semejantes a los que recibió en el cuerpo bruñido de Sebastián.

Sólo un sistema edificado sobre la totalidad de la naturaleza humana puede concretar en formas económicas no el ideal pero sí el marco en donde pueda flamear el del cristianismo. Al proclamar ese Estado Corporativo elimina la lucha de clases invitando a la reconciliación imposible e injusta de un régimen de libre competencia en donde las armas para la lucha son desiguales. Se traslada también a su legítimo centro humano y divino el menester cotidiano y se restablece la estimativa social que el hombre debe tener como cristiano. "Desde el momento en que la tierra pierde su valor absoluto y se convierte en camino del cielo, lo que interesa no es aposentarse bien en ella, sino no extraviarse ni detenerse. Como a los nómades, el cristiano ha de bastarle una ligera tienda en qué cobijarse a la espera de su voz de mando. (GALLEGOS ROCAFUL).

Abel Naranjo Villegas

(Especial para "Universidad Católica Bolivariana")

